

Serie: "GÉNESIS. El Origen de todas las cosas"

iS.J.A.!

Título: "ABRAHAM Y SARAH, PRÍNCIPES POR FE".

Lectura: Gn. 23:1 al 20 – 2da. P. 1:3 al 10.

Versículos clave:

Gén. 12.1 al 3: "*Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré y serán benditas en ti todas las familias de la tierra*".

El presente escrito es un resumen de la literatura citada al pie de la presente nota y algunas apreciaciones personales.

INTRODUCCIÓN:

El capítulo 23 de Génesis es un relato triste, de despedida, del final del camino entre dos personas que se acompañaron por muchos años. Es el relato de la vida misma, llena de alegrías y de sinsabores, de cosas muy lindas y de tragedias irreparables... En la vida de Abraham, Dios siempre estuvo presente para acompañarlo en cada una de esas etapas.(1) En los momentos críticos de su vida, invocó a Dios (Gen. 12:8; 13:18; 21:33).

Aunque la edad de Sara, la única edad de mujer a la muerte que se registra en las Escrituras, podría sugerir su importancia en el plan de Dios, nos recuerda de una manera más importante el nacimiento de su único hijo mucho más allá de la edad de dar a luz (a los noventa años de edad, Gen. 17:17) y la intervención de Dios para llevar al cumplimiento su promesa a ella y a Abraham. La muerte de Sara tuvo lugar ca. 2028 a.C.(2)

Sara (cuyo nombre que significa "Princesa") se convirtió en madre de todos los creyentes (1a. de P. 3:6). Ella murió a la edad de 127 años, treinta y siete años después del nacimiento de Isaac, en Hebrón, o más bien en el encinar de Mamre, cerca de esa ciudad (13:18); allá había retornado Abraham una vez más después de su larga estancia en Beerseba (22:19).(3)

Vers. 3 al16:

Y se levantó Abraham de delante de su muerta (v. 3). Hay un tiempo para levantarse de delante del muerto y cesar de hacer duelo. El llorar no debe estorbar el sembrar. La muerte de nuestros allegados debería hacernos recordar que no tenemos nuestro hogar en este mundo. Cuando ellos se han ido, digamos: «Vamos también».(4)

Entonces fue a los Heteos, los señores y poseedores de la ciudad y su vecindad en ese tiempo, para procurar de ellos la posesión de una tumba. Las negociaciones fueron llevadas a cabo en el estilo más formal, en una asamblea pública ("de los habitantes de la tierra", de los nativos (v. 7), en la puerta de la ciudad (v. 10)... Como forastero y habitante, Abraham presentó su petición de la manera más cortés a todos los ciudadanos «*todos los que entran por la puerta*», vv. 10, 18...

Los ciudadanos le ofrecieron con la mayor solicitud y respeto, «*al príncipe de Dios*», el hombre exaltado por Dios al grado de príncipe, «*la elección*» (lo más selecto) de sus sepulcros para su uso (ver. 6). Pero Abraham les pidió que preguntaran a Efron, quien, a juzgar por la expresión «su ciudad» en el v. 10, era el gobernador de la ciudad, para que le diera por posesión la cueva de Macpela, al final de su campo, del cual era dueño, por su precio justo en plata.(3)

23:11 “...te doy la heredad...”. Este hita Efrón estaba obligado por la política feudal hetea, que ataba la propiedad de la tierra con el servicio al gobernante. La transmisión de la tierra a Abraham transferiría también responsabilidades feudales a Abraham, sujetándole a todas las cargas y tributos. Efrón estaba aparentemente deseoso de hacer esto, y de ahí su ofrecimiento de regalar la tierra.(2)

23:20 “...quedó la heredad y la cueva... recibida.”. Este es un resumen importante, porque finalmente, tras años de peregrinación nómada, Abraham poseía una pequeña propiedad en medio de la tierra que Dios le había prometido a él y a sus descendientes. La cueva también se convirtió muchos años después en el sepulcro familiar para Abraham, Isaac, Rebeca, Lea y Jacob (cp. 25:9; 49:31; 50:13), con Raquel como excepción (35:19).(2)

El hecho de que Abraham comprara un lugar para sepultura en una forma estrictamente legal como una posesión hereditaria en la tierra prometida, fue una prueba de su fuerte fe en las promesas de Dios y su eventual cumplimiento... El mismo Jacob pidió ser sepultado allí, declarando así su fe en las promesas, incluso a la hora de su muerte.(3)

Ese fue el único terreno que este patriarca allí poseyó, aunque toda aquella tierra le había sido prometida en propiedad. Abraham aspiraba a una patria mejor, esto es, celestial (He. 11:16). Por eso, prefiere contentarse con revolotear, por así decirlo, sobre la tierra y cambiar constantemente la residencia mientras vive, pero asegura un lugar donde, cuando muera, pueda reposar su cuerpo en espera de la resurrección.(4)

23:6 “...príncipe de Dios entre nosotros.”... La versión de la Biblia NVI traduce **“príncipe de honor”**.

El rango y la reputación le proporcionaban a Abraham una posición de liderazgo y digna de respeto lo que llevó a sus vecinos (los heteos) a ofrecerle gratuitamente sus mejores sepulcros. Luego pasaron a aceptar que Abraham comprase una cueva que pertenecía a un rico vecino llamado Efrón (vv. 7-9), a quien Abraham no conocía.(2)

Los pasos de Abraham durante su peregrinar en la tierra prometida, aunque estaba apoyado en las Promesas de Dios para su vida, provocaron un estilo de vida (igualmente que la de Sara, otra princesa de Dios) que llevaron a los habitantes de esa región a reconocerlo como un “PRÍNCIPE DE HONOR”.

Así debe ser nuestro estilo de vida como cristianos. Nuestro Señor Jesucristo nos ordenó “Así alumbre la luz de ustedes delante de los hombres, de modo que vean sus buenas obras y glorifiquen a su Padre que está en los cielos”. (Mat. 5:16)

Algunos cristianos, después de transformarse en hijos de Dios, se quedan en esa primera etapa con pocos frutos espirituales dando pasos de “niños en cuanto a su forma de comportarse en este mundo”, dando pasos inciertos en cuanto a su fe.

En el pasaje leído de 2a. Pedro, este Apóstol se llama a sí mismo siervo (gr. *doúlos*) de Jesucristo.(4) Cada paso que él daba en su vida cristiana lo motivaba a ser más parecido a Jesucristo, el gran Siervo de Dios.

La primera frase de la bendición (v. 2): «Gracia y paz os sean multiplicadas» (lit.), es decir, «abunden y crezcan en vosotros». Aquí añado que esa abundancia de gracia y de paz sólo se

puede obtener *«en el conocimiento pleno de Dios y de Jesús, el Señor nuestro»* (lit.), pues precisamente en eso consiste *la vida eterna* (v. Jn. 17:3). Dice Salguero: *«Cuanto más se avanza en el conocimiento práctico de Dios y de Jesucristo, tanta mayor gracia se obtiene de Dios y tanta mayor felicidad se goza, porque el conocimiento de Dios es la base y el fundamento de todo el edificio de nuestra salvación»*.(4)

Es, pues, el poder divino de nuestro Salvador el que nos ha otorgado como un don todas las cosas que dicen relación a la vida y a la piedad (lit.), esto es, para la vida espiritual y para la piedad cristiana; aunque también podría ser una hendíadis: *Para una vida piadosa*. Dice R. Franco: *«El que se añade y la piedad indica que esta vida de la que habla no es algo meramente escatológico, reservado para después de la muerte, sino, como en San Juan, una realidad presente ya en el mundo»*.(4)

Para evitar confusiones, notemos que *Pedro no dice que compartamos la esencia* (gr. *ousía*), sino *la naturaleza* (gr. *phúsis* o *physis*), divina. Ahondemos un poco en esta distinción teológica, no sólo para entender correctamente el sentido de la frase, sino también para que nos percatemos de su alcance práctico y devocional: Compartir la esencia de Dios equivaldría a poseer los atributos trascendentes que hacen de Dios el Ser Absoluto y Necesario, totalmente Otro: la infinitud en todos sus aspectos de perfección absoluta, eternidad, inmensidad, omnipotencia, etc...

En cambio, *compartir la naturaleza significa poseer la vida de Dios como fuente, no de sus atributos incomunicables, sino de su conducta imitable: su modo de pensar, su modo de amar y su modo de obrar*. Es precisamente después de mencionar el amor compasivo de Dios, cuando dice Pablo (Ef. 5:1): *«Por lo tanto, sed imitadores de Dios, como hijos muy amados»*.(4)

En un texto ya clásico, dice León el Grande, obispo de Roma en los años 440–461: «Reconoce, cristiano, tu dignidad: y hecho partícipe de la divina naturaleza, no vuelvas, con una conducta indigna, a la vileza de tu condición anterior»...

Esta comunión con la divina naturaleza comienza ya en este mundo. Basta, para demostrarlo, la conexión con la frase siguiente (v. 4c): *«Tras de haber escapado de la corrupción que hay en el mundo, a causa de los deseos malvados»*. No se puede ser, a un mismo tiempo, amigo de Dios y del mundo (1a. Jn. 2:15–17); no se puede ser, a la vez, puro y corrupto (1a. Jn. 3:3–10); nuestra transformación espiritual exige dar de mano a los esquemas del mundo (Ro. 12:2)...

Aquí está implicada toda la lucha entre nuestra nueva naturaleza (divina) y la vieja (mundana y pecaminosa), como vemos en tantos lugares (v. por ej., Ro. 6:12 y ss.). Aunque la huida de la corrupción y el comenzar a compartir la naturaleza divina son, en el tiempo, cosas simultáneas, la huida de la corrupción debe ser lógicamente anterior, como se ve por el participio de aoristo *apophugóntes* (comp. con 1a. Ts. 1:9 *«a Dios DESDE los ídolos»*). (4)

Lo primero que notamos en estos versículos es que, sólo cuando ya compartimos la divina naturaleza, nos es posible poner empeño y tesón, esfuerzo y vigor personal, en la adquisición de las virtudes que configuran el carácter cristiano. Existe ya la fe, no como un acto con el que nos apropiamos en el pasado la salvación, sino como una actitud que perdura...

A esa fe, dice Pedro (v. 5), hemos de añadir, como piedra sillar que se coloca sobre una base firme, virtud (lit.). El significado de virtud (gr. *aretén*) lo que dice en 1a. Pedro 2:9... El verbo *pareisphéro* (única vez que dicho verbo sale en todo el Nuevo Testamento) significa *«aportar»*, esto es, *«contribuir con algo que se tiene a mano»*, y está en participio de aoristo, con lo que da a entender que ese *«todo empeño que hemos de poner»* lo tenemos al alcance de la mano mediante la gracia que nos une con Cristo, fuente de toda Gracia (v. Jn. 1:16; 15:5; 1 Co. 15:10, al final)...

Tras del participio de aoristo *pareisenénkantes*, viene el imperativo de aoristo *epikhoreguésate*, que, como en los otros cuatro lugares en que ocurre en el Nuevo Testamento (v. 11; 2a. Co. 9:10; Gá. 3:5 y Col. 2:19), significa proveer, suministrar; lo cual indica que también está al alcance de nuestra mano la virtud que hemos de añadir...

Sobre esta unión de la virtud con la fe, dice Lloyd-Jones: «Aquí "virtud" significa "poder moral" o, si lo preferís, energía moral—indica actividad o vigor del alma—. Procurad, dice Pedro, que vuestra fe sea una fe viva, que sea una fe activa, que sea una fe vigorosa, que sea una fe viril, una fe enérgica».

A esa virtud, dice Pedro, hay que añadir conocimiento. Para usar debidamente el vigor de la fe, es menester hacerlo con buen conocimiento; el cual, por supuesto, no es el primer conocimiento que tuvimos de Dios cuando le amamos por primera vez, al ser amados, conocidos, por Él (v. 1 Co. 8:3; 1 Jn. 4:19), sino una mayor penetración en las verdades de la fe, una mayor comprensión de la naturaleza misma que compartimos con Dios...

Salguero hace una magnífica explicación de ésta y de las otras tres cualidades que le siguen en el versículo 6: «A la energía moral ha de juntarse la ciencia (gnósis) práctica, que hace conocer el bien que ha de hacerse y el mal que ha de evitarse. Energía moral y ciencia práctica son correlativas: ésta da las directrices y aquélla las ejecuta. A la ciencia va unida la templanza (*enkráteia*, v. 6), por medio de la cual el hombre se domina a sí mismo y a sus pasiones. La templanza es necesaria para que la ciencia o el conocimiento no sea turbado por la pasión o los excesos. A la templanza se ha de unir la paciencia (*hupomoné*) en las aflicciones, mediante la cual perseverarán en el bien a pesar de las dificultades y no sentirán desaliento en la espera de la parusía (cf. 2 P. 3:4). A la paciencia ha de ir unida la piedad (*eusébeia*) para con Dios, que le confiere todo el valor religioso que puede poseer la paciencia».

Los últimos sillares (v. 7) o, si se prefiere, la cúpula que corona todo el edificio, son dos cualidades cristianas de tipo netamente comunitario: el afecto fraternal (gr. *philadelphía*), que el propio Pedro recomienda en 1a. Pedro 1:22, y el amor (gr. *agápe*), cima y corona, lazo y forma vital, de todas las demás cualidades del carácter cristiano.(4)

El pensamiento de Pedro es aquí el siguiente: El que carece de las cualidades enumeradas en los versículos 5-7 «tiene una miopía que es prácticamente una ceguera» (R. Franco); no ve hacia delante, con lo que su conocimiento de Cristo es un fatal espejismo, ni ve hacia atrás, pues si recordase el momento en que le fueron perdonados sus antiguos pecados, recordaría también que la comunicación de la divina naturaleza produce espontáneamente la práctica de la virtud.(4)

La respuesta de Het, el hombre a quien Abraham le pide la tierra, es una definición extraordinaria de quién era este extranjero para los habitantes de Hebrón: "*Eres un príncipe de Dios entre nosotros*". El patriarca tenía algo más que una buena conducta entre sus vecinos, lo que resaltaba de este hombre era la presencia de Dios en él.(1)

CONCLUSIÓN:

Todo creyente genuino tiene asegurada la Salvación; pero el que no cultiva las virtudes que Pedro enumera en los versículos 5-7, al quedar así sin frutos que evidencien la vitalidad de su fe, se priva a sí mismo del testimonio seguro de su propia conciencia de que su elección es segura; itiene motivos para dudar de ello! Y Pedro tiene deseos de que sus lectores no sufran inquietudes a este respecto, sino que posean, no sólo la Salvación, sino también el gozo de la Salvación.(4)

El padre de Tom Olson solía leer este pasaje a sus hijos así: "Añadid a vuestra fe la virtud o valentía de David; y a la valentía de David el conocimiento de Salomón; y al conocimiento de Salomón la paciencia de Job; y a la paciencia de Job, la piedad de Daniel; y a la piedad de Daniel el afecto fraternal de Jonatán; y al afecto fraternal de Jonatán el amor de Juan.(5)

iS.D.G.!

BIBLIOGRAFÍA:

- 1.- CAMINAR CON DIOS. Los patriarcas de Génesis. Pedro Fuentes. Edit. SEMBRAR.
- 2.- BIBLIA DE ESTUDIO COMENTADA POR Mac Arthur. Edit. Grupo NELSON
- 3.- COMENTARIO AL TEXTO HEBREO DEL ANTIGUO TESTAMENTO. KEIL & DELITZSCH. Edit. Clie.
- 4.- COMENTARIO BÍBLICO DE MATTHEW HENRY (Trad. y adapt. F. LACUEVA). Edit. Clie.
- 5.- COMENTARIO BÍBLICO DE WILLIAM MAC DONALD. Ed. Clie.